HOMENAJE A LA MEMORIA DEL PROFESOR DR.: HERMOGENES ALVAREZ

“Vivir nos ha costado nuestra sangre. Sin ir más lejos ahí está tu ejemplo como una columna inmarchitable. Pero también la vida nos amó: hagámosle justicia, amigos míos”.

*Eduardo Carranza
Los Pasos Contados*

El 28 de septiembre de 1985, un año después de su desaparición física, se llevó a cabo en el Hospital de Clínicas de Montevideo una sesión Científico—Solemne tal fue su título, como homenaje de sus alumnos, compañeros y amigos a la memoria del Maestro de tantas generaciones y de tantas trascendencias en el desarrollo de la obstetricia moderna. Allí estuve, allí hablé y allí viví entre amigos sin reservas uno de mis días más profundos.

Si enmarcamos su vida en el contexto del conocimiento gineco-obstétrico, debemos reconocer que Hermógenes Álvarez partió en dos el Siglo XX. Yo sé que él tuvo una conciencia temprana y clara de haber venido justamente a eso y la satisfacción reservada a unos pocos elegidos, de saber que lo estaba haciendo. Y sé también, que lo hizo paseándose por el mundo con la palabra tranquila, dulce y generosa del iluminado, que pudimos disfrutar quienes recibimos el privilegio de compartir con él y con su familia, un pedazo fundamental de nuestras vidas.

Nacido el 30 de noviembre de 1905, realizó el 10 de junio de 1947 un experimento que le dio varias vueltas a la historia, cuando él y su discípulo Roberto Caldeyro, realizaron una exitosa punción del útero y registraron las variaciones de la presión amniótica. Antes de ese día, la obstetricia era una actividad orientada tercamente hacia la madre y empíricamente despectiva hacia el embrión y el feto.

Después de ese día, Alvarez y un grupo afortunado y numeroso de alumnos enriquecieron con la búsqueda de la excelencia y el desarrollo de la originalidad, el campo del conocimiento de la reproducción humana.

Se escribieron entonces verdaderos clásicos de la medicina experimental sobre la fisiología de la función miometrial y la farmacología del útero; se describieron las alteraciones de la contractilidad uterina en numerosas enfermedades obstétricas; se inició la búsqueda del control hipotálamo-hipofisiario de las funciones del útero y de la glándula mamaria en la mujer embarazada y lactante, y se exploró, también por primera vez, la actividad cardíaca del feto, describiendo los fundamentos y las alteraciones patológicas de dicha función fetal. Y así, se fue nucleando un enjambre de trabajadores de la imaginación que orientaron la especialidad hacia la medida, la precisión, la utilización del método científico y la búsqueda del conocimiento nuevo, en un terreno médico que hasta ese entonces parecía reservado a disciplinas puramente artesanales. En fin, se fue enseñando a colocar en sus dimensiones reales lo que antes era aproximado y anecdótico.

Al romper en esa forma el sagrario dentro del cual el empirismo había mantenido oculto al feto, Alvarez abrió el campo nuevo de la medicina perinatal y entonces otros hombres de todo el mundo, siguiendo conciente o inconcientemente los destellos de su genio, continuaron produciendo aportes novedosos y trascendentes; tales, la aproximación ya casi lograda, al conocimiento de los mecanismos que conservan el embarazo y desencadenan el parto; el control del parto prematuro y con ello la esperanza de reducir las enormes tasas tercermundistas del bajo peso al nacer; la definición del sufrimiento fetal agudo y su terapéutica intrauterina; la incorporación de la imagenología a la vigilancia del crecimiento, el desarrollo y la salud fetal y recientemente, la más humanista de las aproximaciones al desarrollo de la especie: la biopsia temprana de vellosidades coriales para estudio genético del embrión. Alvarez fue el primer hombre capaz de extraer con seguridad para la vida del embrión, vellosidades humanas durante el primer trimestre del embarazo y hacia el final de sus días pudo disfrutar en la apacible serenidad de su conciencia, los alcances que en ese campo indujo también su vibrante imaginación.

Estuvo en Cali en una ocasión y nos regaló nuevamente su palabra y su trabajo, enseñando lo que había aprendido de las vellosidades coriales y de los seres humanos en esos pocos años de lejanía que paradójicamente nos acercaban más. Tuve la fortuna de visitarlo muchas veces, la última un par de años antes de su muerte; lo encontré no sólo con la misma vitalidad de siempre, sino también con su inagotable capacidad de sorprender, intacta. No puedo olvidar como en esa ocasión y en el calor de su hogar, al recordarle yo algún pensamiento integracionista de Bolívar, expresado en la Carta de Jamaica, continuó recitándome trozos enteros de ese documento inmortal. Era otra faceta que casi se me queda inédita: un Alvarez Bolivariano en pleno cono sur del continente. Así era y así seguirá siendo en mi recuerdo.

Algunas de estas cosas dije en el homenaje a su memoria. Dije otras cosas también, pero muchas más guardé para fortaleza y deleite de mi fuero interno. Porque

hasta para guardar me quedó del legado generoso de ese humanista vital que tanto me enseñó, en tan poco tiempo.

Hermógenes Alvarez desapareció ya en las sombras inevitables de la muerte, pero dejó para honra de la humanidad una obra descomunal y eterna.